

¿Ahora sí?

JAVIER ZARZALEJOS

La Audiencia Nacional, la Ley de Partidos, la imprescriptibilidad de los crímenes del terrorismo, todo es excepcional, todo es desviado del canon jurídico del que el PNV se erige en intérprete y juzgador

Desde que ETA hizo su anuncio de cese definitivo de lo que llama «actividad armada», no hay día en que el Partido Nacionalista Vasco no pida la derogación de un instrumento de la lucha antiterrorista alegando el «nuevo tiempo». La política penitenciaria primero, la Ley de Partidos después, la Audiencia Nacional, siguiente en la lista y, la última, la reforma penal que ha hecho imprescriptibles los delitos de terrorismo. Lo curioso es que al mismo tiempo que aumenta esta plataforma de derogaciones, los portavoces nacionalistas no niegan que el Estado de derecho haya tenido bastante que ver con el quebranto operativo de la banda ¿Sinceridad? Oportunismo, más bien. Si el PNV hubiera reconocido en su momento que estos instrumentos del Estado de derecho podían resultar útiles y legítimos en la lucha contra ETA, sus peticiones de derogación tendrían alguna credibilidad mayor. Porque, lo cierto es que los jeltzales se han opuesto desde su origen a todas las iniciativas que han dado a la ley el músculo y la necesaria capacidad de penetración en un fenómeno criminal de las implicaciones y de la complejidad del terrorismo. No sólo les negaron eficacia –el argumento fue siempre que serían contraproducentes– sino que negaron su misma legitimidad en términos democráticos y de respeto a los derechos humanos.

El PNV denunció ante Estrasburgo la política penitenciaria y, también en vano, volvió a confiar en que las instancias europeas tumbaran la Ley de Partidos. Ahora el argumento reitera la supuesta excepcionalidad de todos estos componentes de la política antiterrorista que ya no tendrían razón de ser una vez que ETA ha dicho que no volverá a atacar. La Audiencia Nacional, la Ley de Partidos, la imprescriptibilidad de los crímenes del terrorismo, todo es excepcional, todo adolece de legitimidad más que dudosa, todo es desviado del canon jurídico del que el PNV se erige en intérprete y juzgador. Todavía hoy, los instrumentos básicos del Estado de derecho son utilizados por el PNV para fabricar una especie de pesadilla orwelliana a propósito de la lucha contra ETA. Y contra toda evidencia; no sólo porque la verdadera pesadilla es la realidad del terror sufrido por miles de ciudadanos, sino también porque esos escrúpulos garantistas forman parte de un argumentario desgastado que no ha encontrado eco ni respaldo en ninguna instancia solvente; más bien al contrario. La fijación que el nacionalismo muestra en este terreno puede ser incómoda ante la eficacia desplegada por instrumentos y estrategias de lucha antiterrorista a los que se opuso desde el momento mismo en que fueron planteadas. Y tiene también mucho de in-

tolerancia hacia lo que aquellos tienen de simbólico, como testigos que desacreditan el modelo de final del terrorismo prescrito por el nacionalismo y el retrato de ETA en el imaginario de este.

En este «tiempo nuevo» plagado de viejas exigencias, al PNV no le basta con adornarse en la faena pidiendo la derogación de todo lo que ha permitido hacer frente a ETA con plena legitimidad y eficacia. La explotación oportunista del momento le lleva a plantear otra vez el nuevo estatus del País Vasco siempre por alumbrar. Hasta ahí, nada nuevo. Lo bueno es que los nacionalistas argumentan que ahora sí, que ahora, como ETA ha anunciado que ya no va a matar, ya no hay excusa para no hablar del tema. Y alguien podría preguntar ¿pero es que alguna vez el terrorismo de ETA ha supuesto algún freno para que el nacionalismo pusiera sobre la mesa sus pretensiones soberanistas? Que se recuerde, nunca. De hecho, fue precisamente la violencia terrorista la coartada para justificar los planes Ibarretxe, el proyecto soberanista del pacto de Estella, y el permanente debate en las mismas claves que el nacionalismo ha insistido en mantener adherido a la agenda pública. Escuchando a los portavoces jeltzales explicar que ahora que ETA no va a atentar

ha llegado el momento de hablar sobre «el encaje» del País Vasco en España, uno podría pensar que el PNV había tenido la cortesía de esperar hasta este momento para suscitar estos asuntos. Y todos sabemos que quien sacara esta conclusión se equivocaría. En realidad, no hemos hecho otra cosa que hablar y debatir hasta la extenuación de todo aquello de lo que el PNV afirma que ya no hay excusa para eludir. No es que no se hablara de todo ello porque hubiera terrorismo; lo que el nacionalismo nos decía era que lo planteaba precisamente porque lo había.



:: JOSÉ IBARROLA

Esa era la respuesta cada vez que, con toda razón pero sin ningún éxito, se recordaba a Ibarretxe que difícilmente podía haber un debate libre cuando casi la mitad de la representación política de los vascos era objetivo de una banda terrorista. Si alguna duda cupiera, recuérdese la mayoría con la que Ibarretxe sacó adelante su plan en el Parlamento vasco.

Pongámonos comprensivos. Se puede entender que el PNV haya salido con todo lo que tiene para intentar cubrir los espacios electorales que ve amenazados. Reparte consejos a unos y otros, puntúa a Zapatero y examina a Rajoy. Quiere exhibirse en el centro de la escena mientras parece tener ya una previsión muy detallada de cómo va a repintar su vieja plataforma soberanista. Pero que casi todo se pueda entender dentro de los aprietos electorales que preocupan al PNV, no incluye aceptar que además de que le vuelvan los ardores independentistas, pretendan adornarse con una sensibilidad que nunca han tenido.